



Domingo XXX, Tiempo Ordinario - A

El amor es la medida de la fe; la fe es el alma del amor.

Comentarios preparados por el P. Behitman A. Céspedes De los Ríos (Diócesis de Pereira), con el apoyo del P. Emilio Betancur M. (Arquidiócesis de Medellín). Cf. Servicio Bíblico Latinoamericano.

Lecturas

Éxodo 22,20-26: Si grita a mí, lo escucharé

Salmo 17: Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza

1 Tesalonicenses 1,5c-10: Abandonaron los ídolos

Mateo 22,34-40: Amarás al Señor, tu Dios

« ¿Cuál es el mandamiento principal? »

En aquel tiempo, los fariseos, al oír que había hecho callar a los saduceos, se acercaron a Jesús y uno de ellos le preguntó para ponerlo a prueba:



–Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la Ley?

Él les dijo:

«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser». Este mandamiento es el principal y primero. El segundo es semejante a él: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». Estos dos mandamientos sostienen la Ley entera y los Profetas.

Palabra del Señor

Volvamos a los dos amores

Primera Lectura

La usura es la mayor amenaza para la gente pobre que se ve obligada a empeñar hasta la propia ropa para poder comer. La usura se origina en la injusta percepción de los valores sociales, pues la ambición y la acumulación se convierten en el objetivo de las relaciones sociales, quitándoles su carácter de gratuidad y solidaridad.

Esta situación queda consagrada igualmente en el plano internacional. Tan consagrada, que se considera «natural» la situación de sometimiento absoluto con el que las finanzas internacionales, impúdicamente

especulativas, dominan la vida y el trabajo de las mayorías de los distintos países, mediante la subida y la bajada, casi enteramente caprichosa, de los intereses de «los mercados» internacionales.

Solemos pensar que el mundo civilizado y moderno es muy distinto de aquel mundo de masas pobres y de esclavos que no eran dueños de sí mismos, pero la diferencia no es tan grande: las grandes estructuras de injusticia son ahora mucho más complejas, sofisticadas y masivas, pero quizá muchas de ellas no son menos injustas.

Segunda Lectura

Pablo interpreta el paso de una mentalidad legalista y opresora, hacia una mentalidad creativa y liberadora, como un cambio de la idolatría al culto al Dios verdadero, al Dios de la Vida. Mientras los hebreos eran prisioneros de los interminables preceptos de la Ley (la escrita y la oral), los así llamados paganos eran esclavos de la incesante marea de modas de pensamiento y de religiones que les impedían descubrirse a sí mismos como esclavos de la idolatría del imperio. Pablo propone a los gentiles no una religión más, sino un nuevo estilo de vida donde el discernimiento, la gratuidad y la conciencia de ser libres constituía el fundamento de la relación con Dios y con el prójimo.

Evangelio

El evangelio apunta, precisamente, en la misma dirección, al mostrarnos que, para Jesús, el fundamento de la relación con Dios y el prójimo es el amor solidario. Jesús sintetiza el decálogo y casi toda la legislación en su principio de amor fraternal y recíproco.

Los juristas gustaban de probar los conocimientos que Jesús tenía sobre la Ley. Para ellos el mandamiento más importante era la observancia del sábado. Ese día debían dedicarse por completo al reposo y a escuchar la lectura de la Escritura. Con el tiempo convirtieron esta ley en una carga que a duras penas soportaban los pobres.

El sábado había dejado de ser fiesta del Señor y se había convertido en un día lúgubre, lleno de prescripciones ridículas que impedían a las personas movilizarse, cocinar e incluso auxiliar al necesitado.

Cuando los juristas preguntan a Jesús por la ley más importante esperan que él cometa un error y se pronuncie contra la Ley misma. Jesús se les

adelanta y les hace ver que en la Ley lo más importante es el amor a Dios y el amor al prójimo. El amor es el espíritu mismo de la legislación divina.

Al colocar estos dos mandamientos como el eje de toda la Escritura, Jesús pone en primer lugar la actitud filial con respecto a Dios y la solidaridad interhumana como los fundamentos de toda la vida religiosa. Incluso, la adecuada interpretación de la Escritura (la Ley y los Profetas) depende de que sean comprendidos y asumidos estos dos imperativos éticos.

Nosotros vivimos hoy en sociedades que tienen muchas más normas que el pueblo judío, incluso nuestras iglesias tienen extensas legislaciones. Vivimos también en un mundo que tiene muchísimos más millones de pobres oprimidos bajo la usura internacional, que los pobres oprimidos por los que clamaron los profetas. La Palabra de Jesús que hoy recordamos y actualizamos en nuestra celebración es una invitación a sacudir nuestra pasividad, a recuperar la indignación ética ante la situación intolerable de este mundo llamado moderno y civilizado, y a volver a lo esencial del Evangelio, al mandamiento principal, a los dos amores.

¿Sí iremos a salir de esto?

Imáginémonos como hermanos.

¿Una crisis social y económica, nunca jamás vista, sí se solucionará solo reacomodando la economía, abriendo el comercio, endeudándose con los bancos, con instituciones de solidaridad, educación, cultural o cívicas más débiles en recursos humanos y económicos?

De acuerdo con la primera lectura (Ex 22,20-26), la legislación de Israel, el código de la Alianza estaba orientado a mitigar los efectos del empobrecimiento de los hebreos en exilio, el desplazamiento forzado y la usura de los créditos fluctuantes, considerados por la Biblia como un asesinato.

La Alianza era la única protección de la población más vulnerable, viudas, extranjeros inmigrantes, cuyo único recurso eran sus manos, como ocurrió en Egipto. El código era pasar de la servidumbre al servicio para celebrarlo como culto: “No debes perjudicar ni humillar a los inmigrantes (los venezolanos), ni al habitante de la calle, ni a los niños que, como no hablan, solo pueden llorar, o los empobrecidos por la falta de trabajo por no tener dinero para poder hablar. “A esos no puedes perjudicar ni humillar; a

esos no los puedes explotar porque si claman a mí, dice el Señor, no dejaré de escuchar su clamor porque yo soy compasivo” (primera lectura).

La pandemia es una buena oportunidad para recordar de dónde nos ha sacado Dios en la vida; de la ignorancia al conocimiento, de algún vicio, o limitación superior a nuestras fuerzas o propósitos; o el conjunto de males que Dios llamó para Israel: “Egipto”.

Todos hemos tenido en la vida situaciones inéditas, que por la acción de Dios quedan en nuestra vida como “milagros” y, en la Biblia, como memoriales para cambiar nuestras actitudes en la relación con los demás. Que más milagro que por el coronavirus seamos menos egoístas y más nosotros.

De ese camino, esa conversión y esa nueva relación se encargará el evangelio de Mateo (22,30-40): “Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu espíritu; amarás a tu prójimo como a ti mismo”. “Con todo el corazón” va desde el amor entrañable del perdón, como don que da vigencia al “Nosotros”. “Con toda el alma”, es decir, con toda la fuerza de comunión con Dios expresada en la comunidad como amor incluyente. “Con toda tu mente”, comprendiendo que el cambio de mentalidad es la apertura al amor de Dios que es universal. “Como a ti mismo” significa amar nuestra vida como la raíz más profunda que es ser hijo de Dios.


El segundo mandamiento es el criterio para saber si estamos cumpliendo el primero. Son dos mandamientos inseparables, pero no intercambiables. Debemos amar a Dios por el hecho de que Él nos amó primero, y a nuestros hermanos por haber sido queridos por Dios como a nosotros; en todos Dios con su amor ha sanado la incapacidad radical de amarnos a pesar de nuestro egoísmo. El amor a Dios pasa por el amor al prójimo donde habita Dios, lo descubrimos con nombre propio y apellido. Prójimo es a quien se le ayuda, entretanto, todos los demás quedan a la espera del amor de Dios para los otros. Así estamos en deuda con Dios y los hermanos. “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”: el prójimo debe ser para mí tan importante como yo lo soy para mí mismo. El mandato del amor a sí mismo es fundamental como sentido de autoestima para poder volver a ver al prójimo como igual a mí. “Todo cuanto quieran que les haga la gente háganlo también ustedes a ellos (Mt 7,12).

Pensar y gestar un mundo abierto

El papa Francisco nos ha dicho que “Un ser humano está hecho de tal manera que no se realiza, no se desarrolla, ni puede encontrar su plenitud «si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás». Ni siquiera llega a reconocer a fondo su propia verdad si no es en el encuentro con los otros: «Sólo me comunico realmente conmigo mismo en la medida en que me comunico con el otro». Esto explica por qué nadie puede experimentar el valor de vivir sin rostros concretos a quienes amar. Aquí hay un secreto de la verdadera existencia humana, porque «la vida subsiste donde hay vínculo, comunión, fraternidad; y es una vida más fuerte que la muerte cuando se construye sobre relaciones verdaderas y lazos de fidelidad. Por el contrario, no hay vida cuando pretendemos pertenecer solo a nosotros mismos y vivir como islas: en estas actitudes prevalece la muerte» (*Fratelli tutti* 87).

« Si tú no tienes amor, eso no sirve »

Papa Francisco, Ángelus en la Plaza de San Pedro, 29 de octubre de 2017

 *Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

En este domingo la liturgia nos presenta un pasaje evangélico breve, pero muy importante (cf. *Mateo* 22, 34-40). El evangelista Mateo cuenta que los fariseos se reúnen para poner a prueba a Jesús. Uno de ellos, un doctor de la ley, le dirige esta pregunta: «Maestro ¿cuál es el mandamiento mayor de la Ley?» (v. 36). Es una pregunta insidiosa, porque en la ley de Moisés se mencionan más de seiscientos preceptos. ¿Cómo distinguir, entre todos esos, el *gran mandamiento*? Pero Jesús no duda y responde: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente». Y añade: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». (vv. 37.39)

Esta respuesta de Jesús no se da por sentada, porque, entre los múltiples preceptos de la ley judía, los más importantes eran los diez Mandamientos, comunicados directamente por Dios a Moisés, como condiciones del pacto de alianza con el Pueblo. Pero Jesús quiere hacer entender que sin el amor por Dios y por el prójimo no hay verdadera fidelidad a esta alianza con el Señor. Tú puedes hacer muchas cosas buenas, cumplir tantos preceptos, tantas cosas buenas, pero si tú no tienes amor, eso no sirve.

Lo confirma otro texto del Libro del Éxodo, llamado «código de la alianza», donde se dice que no se puede estar en la Alianza del Señor y maltratar a aquellos que gozan de su protección. Y, ¿quiénes son estos que gozan de su protección? Dice la Biblia: la viuda, el huérfano y el extranjero, el migrante, es decir las personas más solas e indefensas. (cf. *Éxodo* 11, 20-21). Respondiendo a aquellos fariseos que le habían preguntado, Jesús intenta también ayudarles a poner orden en su religiosidad, a reestablecer aquello que verdaderamente cuenta y aquello que es menos importante. Dice Jesús: «De estos dos mandamientos penden toda la ley y los profetas» (*Mateo* 22, 40). Son los más importantes y los demás dependen de estos dos. Y Jesús vivió precisamente así su vida: predicando y obrando aquello que verdaderamente cuenta y es esencial, es decir, el amor. El amor da impulso y fecundidad a la vida y al camino de fe: sin amor, tanto la vida como la fe permanecen estériles.

Aquello que Jesús propone en esta página evangélica es un ideal estupendo, que corresponde al deseo más auténtico de nuestro corazón. De hecho, hemos sido creados para amar y ser amados. Dios, que es amor, nos ha creado para hacernos partícipes de su vida, para ser amados por Él y para amarlo y para amar con Él a todas las demás personas. Este es el «sueño» de Dios para el hombre. Y para realizarlo necesitamos de su gracia, necesitamos recibir en nosotros la capacidad de amar que proviene de Dios mismo. Jesús se ofrece a nosotros en la Eucaristía precisamente por esto. En ella nosotros recibimos a Jesús en la expresión máxima de su amor, cuando Él se ofreció a sí mismo al Padre para nuestra salvación. Que la Virgen Santa nos ayude a acoger en nuestra vida el «gran mandamiento» del amor de Dios y del prójimo. De hecho, incluso si lo conocemos desde que éramos niños, no terminaremos nunca de convertirnos a ello y de ponerlo en práctica en las diversas situaciones en las que nos encontramos.

Creer en el amor

P. José Antonio Pagola

La religión cristiana les resulta a no pocos un sistema religioso difícil de entender y, sobre todo, un entramado de leyes demasiado complicado para vivir correctamente ante Dios. ¿No necesitamos los cristianos concentrar mucho más nuestra atención en cuidar antes que nada lo esencial de la experiencia cristiana?

Los evangelios han recogido la respuesta de Jesús a un sector de fariseos que le preguntan cuál es el mandamiento principal de la Ley. Así resume Jesús lo esencial: lo primero es “amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu ser”; lo segundo es “amarás a tu prójimo como a ti mismo”.

La afirmación de Jesús es clara. El amor es todo. Lo decisivo en la vida es amar. Ahí está el fundamento de todo. Lo primero es vivir ante Dios y ante los demás en una actitud de amor. No hemos de perdernos en cosas accidentales y secundarias, olvidando lo esencial. Del amor arranca todo lo demás. Sin amor todo queda pervertido.

Al hablar del amor a Dios, Jesús no está pensando en los sentimientos o emociones que pueden brotar de nuestro corazón; tampoco nos está invitando a multiplicar nuestros rezos y oraciones. Amar al Señor, nuestro Dios, con todo el corazón es reconocer a Dios como Fuente última de nuestra existencia, despertar en nosotros una adhesión total a su voluntad, y responder con fe incondicional a su amor universal de Padre de todos.

Por eso añade Jesús un segundo mandamiento. No es posible amar a Dios y vivir de espaldas a sus hijos e hijas. Una religión que predica el amor a Dios y se olvida de los que sufren es una gran mentira. La única postura realmente humana ante cualquier persona que encontramos en nuestro camino es amarla y buscar su bien como quisiéramos para nosotros mismos.

Todo este lenguaje puede parecer demasiado viejo, demasiado gastado y poco eficaz. Sin embargo, también hoy el primer problema en el mundo es la falta de amor, que va deshumanizando, uno tras otro, los esfuerzos y las luchas por construir una convivencia más humana.

Hace unos años, el pensador francés, Jean Onimus escribía así: “El cristianismo está todavía en sus comienzos; nos lleva trabajando solo dos mil años. La masa es pesada y se necesitarán siglos de maduración antes de que la caridad la haga fermentar”. Los seguidores de Jesús no hemos de olvidar nuestra responsabilidad. El mundo necesita testigos vivos que ayuden a las futuras generaciones a creer en el amor pues no hay un futuro esperanzador para el ser humano si termina por perder la fe en el amor.